

biente belleza del universo que nos rodea y traspasa. Un cine-poesía donde el hombre no es perfecto, sino apenas un aprendiz de ser humano. Con fallas, imágenes "fuera de foco", contracciones, vibraciones, placas veladas, penumbras, preludios, un anticipo de esa noche llamada muerte. Esa muerte que no es un castigo sino la cumbre de la maravilla vital. Esa cumbre a la que se llega tras haber convertido la propia vida en obra de arte, más allá de dogmas carcelarios e incluyendo todos esos accidentes de la realidad sensorial y psicológica del hombre moderno.

Artistas como Warhol, Oldenburg y Rauschenberg, y novelistas como Burroughs se han volcado al cine, donde aquí y ahora todo es búsqueda. Sea en las alucinaciones emprendidas por el desaparecido Ron Rice, en la magia de Gregory Markopoulos, en el anarquismo de Jonas Mekas, en la ternura de Jane y Stanley Brakhage (cuya correspondencia con Robert Kelly, poeta del movimiento "imagen profunda", es de una

lucidez avasalladora), en los collages de Bruce Conner o Stan Vanderbeek, en las comedias disparatadas de Jerome Hill o Adolphas Mekas, en las sutilezas sexuales de Jack Smith, o en los innumerables experimentos de muchos creadores o protagonistas de la travesía psiconáutica. Dicho con las líneas de una carta de Stan Brakhage: "Olvida la ideología, estas películas todavía innacidas carecen de lenguaje y hablan como aborígenes... Abandona la estética... Rechaza la tecnificación, pues el Cine, como América, aún no ha sido descubierto, y la mecanización, en el más hondo sentido de la palabra, aprisiona las dos cosas, sin medir siquiera sus posibilidades!... Deja que el film sea. Es algo... un advenimiento".

"Comprender" es abrir los sentidos y participar del advenimiento. Esta travesía recién comienza. La nave y el planeta por descubrir están en nosotros. El resto es soltar amarras.

*Los films señalados con asterisco han sido exhibidos comercialmente en Bs. As.

CHILOÉ, LAS ISLAS Y SU MUNDO

por PEDRO RUBÉN AZÓCAR

El pretender dar a conocer una región, sobre la cual se aventuran apreciaciones apresuradas y leyendas con carta de autenticidad, implica una suerte de declaración de principios, por parte de quien lo intenta, o la indicación previa de la posición desde la cual se pretenderá describir esa realidad. El clásico método de las monografías circunscribe en áreas determinadas la exposición, limita con ello la verdadera o significativa dimensión de las interrelaciones existentes, y puede aún impedir la observación del total del complejo, al no señalar aspectos, matices, causas, o hacer resaltar otros, por natural inclinación o personal interés. En cierta medida, la especialización en las investigaciones, nos ha acostumbrado a ver el vivir parcelado rígidamente, a tal grado, que aceptamos en los datos estadísticos y en la claridad de los gráficos un valor descriptivo que no tienen. Un pueblo y su territorio, más su idiosincrasia y su acervo cultural, su pasado y su futuro, poseen una entrabada estructura en donde inciden, se yuxtaponen, giran, factores materiales y no materiales. Las diferentes maneras y proporciones en que ellos se expresan crean las diferencias de un pueblo a otro o de una región a otra. Al analizar hechos

o fenómenos, desglosados del total, y relacionarlos sin incluirlos en el todo, se pueden obtener conclusiones tan asombrosas como arbitrarias, distorsionándose así la realidad.

Para mí, la provincia de Chiloé es más que un laberinto de canales, más que la Isla Grande, los Archipiélagos de Quinchao, Guaitecas, Desertores, Chiloé continental; es, también, más que un conjunto de seres humanos, de lluvias, de atrasos, de leyendas, de empresas; más que una mera relación de fechas en la historia o de una enumeración de pueblos y ciudades. Y es aún más que la simple suma de todo esto.

Por los nueve mil quinientos kilómetros cuadrados del archipiélago, superficie calculada con la exclusión de Chiloé continental y Guaitecas, unas noventa y cinco mil personas mueven su existencia (*), actuando con inmarcesible parsimonia y espacio, ajenas a esta época de prisas y relojes. Aquí, para el campesino, el tiempo va con las fases lunares, mientras los navegantes cuentan las horas por mareas. En las zonas urbanas, reducibles a Ancud y Castro, nuestro mediodía es la hora del aperitivo para un apreciable porcentaje de personas influyentes, sin silbatos fa-

En Achao está aún en pleno uso el arado de palo (Foto de Humberto Soto)



briles trazando urgencias. La sirena del cuerpo de bomberos tremola su ulular señalando las 12, como moderna expresión de existencia; sólo los extranjeros controlan sus relojes.

Algún tiempo después, la lozanía estudiantil cruza las calles y, por un lapso y de haber sol, giran con sus particulares afanes por la plaza, para desparramarse por todo el pueblo. Los bancos, dos en cada una de estas ciudades, mantienen abiertas sus puertas, para los importadores y su gimnasia. Luego, la tranquilidad cobija plazas y viviendas.

La zona urbana, aceptando por tal a los puertos menores, agrupa a veintidós mil personas; los otros setenta y cinco mil habitantes se desparraman por la región costera, las islas, las montañas y el mar. Y diré la mar, por sentir prolongada la superficie total del archipiélago en la flota, sin tonelaje registrado, de lanchas, chalupones, goletas y chalupas, que por fiordos, abras, canales y golfos, traza sobre las aguas el esfuerzo de sus navegantes. Esas embarcaciones son otras tantas islas navegando.

Desde los puertos del gran Chiloé continental las anchas valeras del norte de la provincia, o los arru-

fados cascos de las de Quinchao, transportan hasta Puerto Montt —nuestro viejo Melipulli, desde la colonia hasta las postrimerías del siglo pasado— maderas de alerce y animales en pie. Por los archipiélagos del sur —consideramos tierras aparte al de Guaitecas, pese a integrar administrativamente la provincia— o por ese asombroso mundo alucinante de “las islas” otra división de embarcaciones menores va y viene, con ciprés o pescados o mariscos por cargamento y acicate; o, en plena aventura, las ágiles chalupas gateras cruzan el istmo de Ofqui, la ruta inmemorial, transportadas a fuerza de brazos, para recorrer la costa cordillerana, frente al Golfo de Penas, lavando oro por los arenales de puntas y cabos, cazando “gatos” —huillines o chungungos— hasta aproximarse, a veces, por las cercanías de Puerto Edén, en donde, con capitales de chilotes por adopción, braceros chilotes levantarán una fábrica de conservas. Esa flotilla, medio pirata por burlar las disposiciones legales de veda, parece repetir las andanzas de las *dalcas* alacalufes. En una chalupa gatera, cuatro remeros y un piloto viven del país por varios meses, insignificantes en la inmensidad de tales laberintos de canales, islas y ro-

queríos, en la soledad en donde jamás los seres humanos han encontrado en el suelo el sustento, ni plantado un árbol o sembrado una semilla, por ser imposible, entre chubascos y *chimpoles*, remando durante el día o aprovechando la brisa, sin despegar los ojos de la costa en donde surgirá la esquiva silueta de algún "gato", hasta dar con una caleta para varar la chalupa, encender fuego al reparo de alguna piedra y hacer noche, para reiniciar con la próxima marea favorable el esforzado vagabundear.

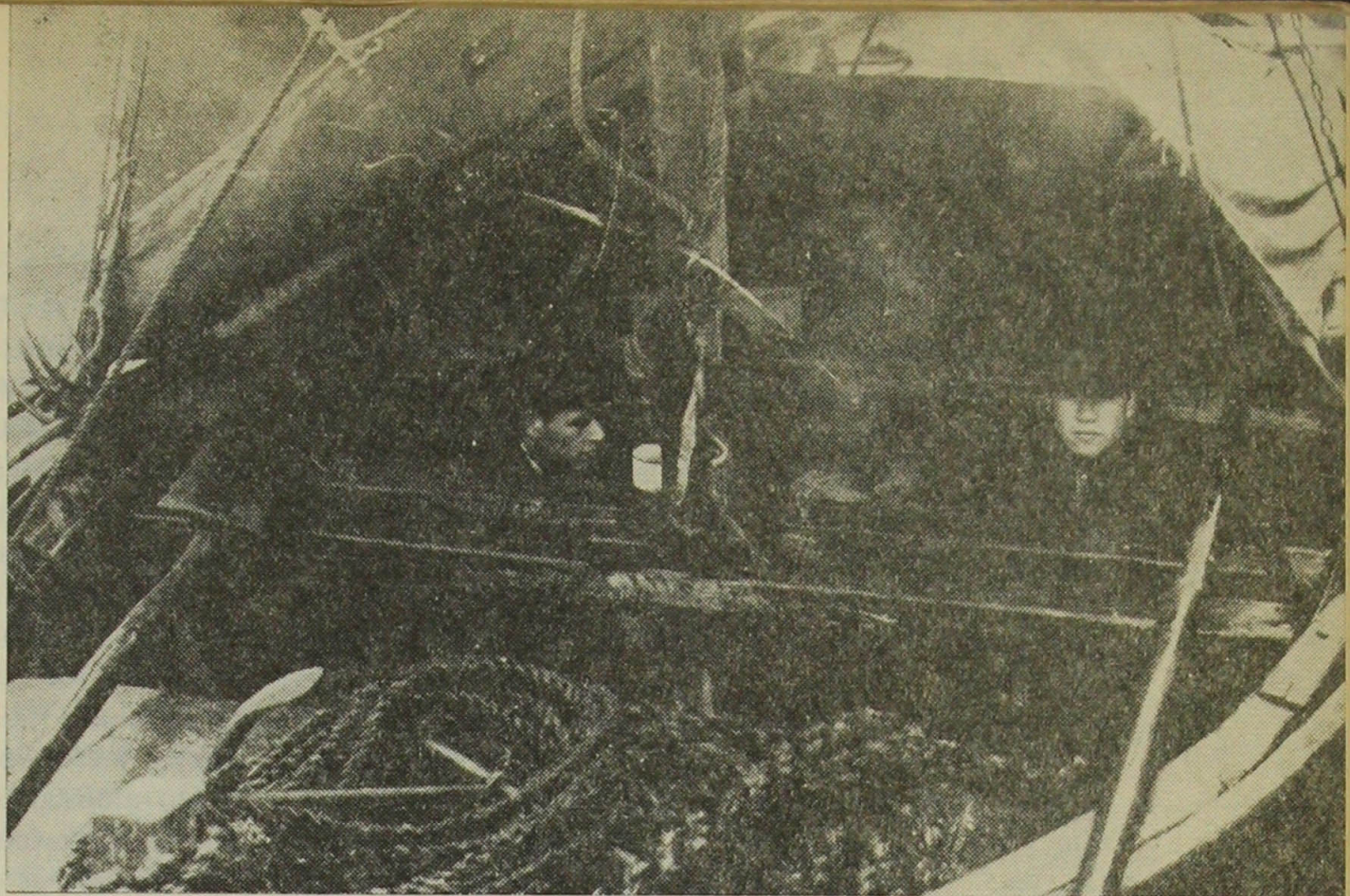
En estas embarcaciones —flota sin organización intencionada o lograda conscientemente— se está forjando el porvenir de la provincia; sus tripulantes representan cuanto nos es más propio y prueban su condición en denodada lucha por mejorar de situación económica —de la chalupa se adquiere la lancha o el chalupón, la goleta en seguida, cuando las cosas se han dado por bien— sin recurrir a largas ausencias por tierras extranjeras. Hoy día, cuando los suelos ya gastados de la costa oriental y de las islas no rinden, sino lo necesario para el sustento, mientras los fertilizantes, el abono, alcanzan precios prohibitivos y su posesión se convierte en factor de inapelable influencia, esos hombres —esas familias— dan cara al mar y reinician las olvidadas gestas. En esa flota, en la gracia de sus velámenes extendidos o doblados como alas protectoras, sobre la botavara, para convertirse en techo durante los aguaceros, junto con el ciprés, las cholgas secas, las pieles finas, las *chiguas* de pescado, los hornos y los braceros de *cancagua* (1), viajan la realidad de las creencias y nuevos seres míticos pueblan los mares y las costas, solitarios desde la desaparición de los *chonquis* (2) y desde que los alacalufes fueran a amontonar su agonía a Puerto Edén.

Sí; los chalupones no sólo transportan mercaderías; van manteniendo vivas costumbres, creencias, formas de trabajo —valiosísimas por su perfecta concordancia con la realidad material y cultural— junto con convertirse en vínculo y vehículo para todos los puntos del dilatado litoral. Y ante la audacia sencilla de este viajar, un nexo admirativo se crea entre los navegantes y aquellas personas cuyos afanes de investigación les llevara a conocerlos. Así, una tarde de las muchas de un prolongado temporal, don Carlos Munizaga pudo conocer del "animal *piguchén*" de la corriente Llana, mientras investigaba la estructura de los grupos familiares de quienes pueden ser denominados los grandes navegantes, para distinguirlos de los marinos. Ante la maraña de nombres y referencias a accidentes geográficos, el prof. Munizaga trató de calcular distancias y ubicar en una carta de navegación ruta y destino de los entrevistados. Bajo el estrecho amparo brindado por la mayor, doblada para servir de techo

al casco de la embarcación, sobre *chiguas* de pescado seco, se extendió la carta y los cinco tripulantes del chalupón —emparentados entre sí, tanto por sangre como por años de navegación— fueron descubriendo su ruta desde Castro, puerto para vender los productos obtenidos en "el viaje", hasta Curanué, lugar de origen de todos ellos, allá al sur, en el estero de Huilidad, en la comuna de Quellón. Pero ellos no venían de su puerto, del lugar en donde han heredado pequeños predios, sino de "las islas de l'este", de la cordillera, de Chiloé continental, en suma, y de la isla Magdalena en particular. El asombro de esos navegantes al ver, reducidos a una superficie abarcable de una vez, días de viaje, era igual a su confusión ante la pequeñez de las islas por las cuales, tantas veces, el tiempo les sujetara a la espera de un cambio de viento. Esos canales, parte de su infancia y de su presente, determinante en su futuro, podían recorrerse sin navegar y había quienes podían señalar allí pequeños puntos de difícil acceso, al dar ellos los nombres.

Larga y riesgosa ruta aquella, desde Castro al canal Salqueman. Y asombra, aparte de la distancia y los peligros, la capacidad de esfuerzo sostenido por gentes tildadas de indolentes, si se piensa que las ocho mareas necesarias para arribar, significan cuatro días de navegación con vientos y corrientes favorables, en una embarcación de doce varas de eslora, unas cuatro de manga, una y media de puntal, aparejada con mayor y trinquetilla, sobrecargada con la habilitación de harina blanca, algunas arrobas de sal, azúcar y café, yerba mate, una *chunga* (3) de manteca, uno o dos tarros con parafina para el fanal, quizás doce paquetes de velas, vasijas, el arconcillo para el tabaco, el hilo y las agujas, la pólvora y las municiones de la antigua escopeta de cargar por la boca, y los bien cuidados fósforos, distribuidos bajo los *depes* (4) y hasta un *yole* (5) con papas que el regalón de la familia ha disimulado entre la carga. Ni brújula, ni carta de marear, ni nada más, aparte del conocimiento o la intuición. Y el mar, la mar de nuestro hablar, con su espejismo de fortuna al otro lado del canal Moraleda, en donde esperan dos o más meses de soledad y distancia, entre lluvias y ventolinas, cumpliendo afanoso trabajo: llegar y elegir puerto, levantar el cuartel de pesca, mariscar desde la media vaciante a la media creciente, ocupar las horas de la pleamar del día en hacer *curán* (6) lo mariscado; o, mientras el curanto está a punto, o en las tardes muy malas, así como por las noches, preparar *quilas* para hacer las "sartas", desgranar los mariscos cocidos, tejer los secadores que hagan falta, armar un buen quillín. Y luego, apenas oreados los mariscos, sin por ello dejar de mariscar en cada marea, ensartar

Bajo la lluvia incesante el chalupón se transforma en obligado refugio del isleño en el trabajo (Foto de H. Soto)



el producto hasta hacer una *quicha* (7) y con doce de ellas formar un "paquete".

Se pesca y se caza, mientras hay pólvora y munición, para surtir de carne las comidas. Durante la merienda, en el correr del mate, liando algún "hechiso", se hablan proyectos, se aprecia lo hecho, se repiten consejos. El pasado suele cobrar vida, y Ñancupel mira desde la sombra de las costas fronterizas. Cada cuartel de pesca de esta parte del mundo es un monumento al esforzado valor del hombre y su esperanza.

Pero ¿qué es un cuartel de pesca? Una construcción: seis maderos hincados en la tierra, cuatro paredes de bien tupida quincha, con una abertura para entrar y salir; un techo improvisado, un amplio fogón. Todo ello amparado por los cerros que caen a la mar y apenas dejan sitio para una minúscula ensenada. Sobre la caleta, el chalupón. Cerca de la "raya" de la marea, el hoyo para el curanto. En el eterno silencio de la tierra, husmeando muy improbable caza, de la playa a la ranca, de allí a los faldeos, el perro muestra la presencia de seres humanos, rompe a ladrar sin causa alguna.

Tantos desvelos se expresarán, al regreso, en algo de vestuario, en cancelar las deudas, surtir de "faltas" a la familia que, mientras los hombres viajan, cuida de las pequeñas siembras, el escaso ganado, la rutina infinita de la heredad secular.

No puede vérsenos o explicársenos como un pueblo de navegantes. No lo somos, permanentemente. El título de un volumen de cuentos publicado por un chilote residente en Puerto Montt, ilustra esto al llamar, al Archipiélago, "Tierra de surcos y mareas". Y así como en la más distante posesión de la montaña una

caparazón de centolla guarda del Thrauco (8) el sueño de las niñas solteras, colgado tras la puerta del dormitorio de éstas, en las viviendas de los puertos el mismo talismán cumple igual función, cual si el pequeño y perfecto seductor pudiera abandonar sus *quilantales* (9) y merodear por la ribera. Es el mismo curanto —aun cuando ello ocurra en menos oportunidades en la zona interior— el que permite reunir a los amigos y parientes en los *pidcanes* (10) en playas y bosques; igual placer alegre sienten el montañés maderero y el labrador ribereño, ante una *reca* (11) de *cuthraos* (12), aun cuando el último hará un *recatún* (13), en vez de cocer al asador una sola sierra. Los mismos brujos "flechan" a labradores y navegantes y ambos recurren a la Revisoría y al *challanco* (14). Y la mitología, recuerde o no a los navegantes griegos y a sus islas, se nos aparece ligando con secreto sortilegio la cultura y la vida del archipiélago, con tanta vigencia y vigor como las estaciones del año van determinando los trabajos agrícolas.

En la zona interior de la Isla Grande —podría llamarse de medianos propietarios al compararla con las zonas ribereñas o las propiedades de bosques, hacia la costa del Pacífico—, las fases lunares van señalando el momento de sembrar, doblar, aporcar los papales, o la ocasión de recolectar algunas yerbas, o la plantación de nuevas arboledas de manzanos. La noche de San Juan verá a los campesinos azotar los árboles de manzanas, mientras de casa en casa se repetirá el grito:

... "San Juan pelao...
que no tiene carne, ni milcao
arriba de su sobrao..."

Y el colonial refrán cruzará el archipiélago, mientras las dueñas de casa se afanarán en ir cocinando las capas de *thron* (15) (los blancos pronuncian *chupón*), para servir las en la cena ritual, rellenas de dulce de manzana o de zarzamora, o *llides* (16) del "derrétite", acompañando los demás platos. Pero, más que el deseo de probar "las capas", todos esperan la cocción de la blanca pelota de *lio* (17), pues si ella baila sobre las brasas o la plancha de la estufa a leña será señal de que los habitantes dejarán la vivienda por otra.

En esta región, extendida por toda la meseta central de la Isla Grande, el verano ve el regreso de las cuadrillas —sean comparsas de esquila, sean los grupos que van "a las cosechas" de Llanquihue, Valdivia y Osorno—, a tiempo para participar de la alegría de la trilla, las faenas de la saca de papas, las "mingas de rastreo". Aun aquí, entre los bosques que caen al Pacífico y los cerros que se precipitan al mar interior, la *minga* (18) mantiene su carácter, es una participación en común, sin vistas al inmediato "cambio de fuerzas", cuando se trata de techar un nuevo galpón o levantar una nueva vivienda. Se regresa a tiempo para "majar" las manzanas, para quemar los roces, para aprovechar las frescas noches en andanzas. Luego, el súbito invierno detiene en sus casas a todos los pobladores; la comunicación de unos y otros se convierte en distante y accidental. Apenas algún viaje al pueblo, un breve encuentro con motivo de la búsqueda de algún animal extraviado, hasta que llega la hora de ir por el abono para las próximas siembras. Los comités de pequeños agricultores mostrarán su actividad, con reuniones en la escuela del sector, mientras quienes no pertenecen a ellos ni pueden solicitar al Banco del Estado el crédito necesario para tal adquisición, moverán su prisa hasta la vivienda de uno más poderoso, para pedirle que le "franquee" dos o tres o cinco bolsas de guano. Juego de intereses, influencias, necesidades, permitirán un acercamiento entre los aguaceros y los vientos, y las informaciones, las noticias, los decires, irán de un sitio a otro como anunciando la primavera próxima. Por fin, los carneos de chanco mostrarán de una a otra vivienda, si las relaciones afectuosas resistieron o no el largo embate, según vaya o venga el consabido *yoco* (19).

Hechas las siembras, cerrados potreros y corralón por nuevos cercos, la partida.

Quienes pretenden descender de España, celebran en estos meses sus católicos onomásticos. En tales ocasiones, amigos y parientes aparecen por la mañana a saludar al "santo". Se les invita a almorzar o a comer, al despedirse después de beber las tres copas de mistela, servidas por la dueña de casa o la mayor de las hijas, en antigua bandeja. Según la región se ofrecerá

éste o aquel licor: licor de oro, en Chonchi; mistela de murtas, en Queilen; rompón, en Ancud. Sin perjuicio de disponerse, para los extranjeros, de las bebidas corrientes, desde el whisky al aguardiente de uva, con que los soldados españoles de guarnición en el Reino de Nueva Galicia hicieran "once", y que aún hoy día es el trago de los ribereños y de los marinos. Así como en las casas acomodadas la tradición ofrece la hospitalidad en las finas copas misteleras, en las demás, el vaso de chicha de manzana abre la cordialidad de las conversaciones. Cuando se regresa del viaje anual, la gente joven encontrará dispuesta la chicha fresca, recién "rayada", y la harina tostada recién molida, para festejar el retorno. Y por las noches de invierno, bajo la calma estrellada de las violentas escarchas o la negrura espesa del cielo anunciando lluvia, en torno al fogón, la chicha añeja, caliente y endulzada, anima los gestos y, comentados los asuntos de rutina, o la novedad última, permite al abuelo recordar las andanzas, mientras las mujeres de la casa hilan, de la lana de la esquila, el *huiñi* (20) o la trama para la manta que el hijo mayor necesita para su próximo viaje o el chal multicolor que una de las hijas desea lucir en la fiesta de la capilla. La guitarra o el acordeón vienen a enhebrar reminiscencias, la melodía de la Nave, las cifras aprendidas por los mayores en sus correrías por la Patagonia, "cuando eso era tierra de nadie y había que ser parejero del viento", o los versos de Evaristo Barrios, el poeta uruguayo que en cifras, décimas y milongas, habló en serio y en broma del gaucho y de la pampa. "Los viajeros" a la Patagonia conocen esas rimas, como las del Martín Fierro o los versos de don Liborio Bórquez, don Libo "Cuncuna", el poeta popular de Chonchi, el autor de *La Huillincana*, esa cueca que, no ajustándose al ritmo valseado y suave, casi tierno, casi triste, que caracteriza a la cueca en uso en la provincia, se canta y se baila en todo el archipiélago, y ahora, como anónima y tradicional para gloria de los folkloristas, en todo Chile.

La guitarra y el acordeón son los instrumentos favoritos del desarrollado sentido musical de la mayoría. Se llama "cuncuna" a la segunda y se la prefiere para bailes y fiestas. Es raro no encontrar una casa en donde, cerca del "estrao", no adorne la pared, una guitarra, que es la preferida para tocar relaciones, contrapuntos y corridos. La encontraremos en la banda de las procesiones de las fiestas religiosas, rasgueada por algún principal, junto al rabel, el tambor y la corneta. Ya nadie toca el "charrango", con su cuerda de alambre extendida sobre una botella, aun cuando todavía, por galanura, "los músicos" de algún lugarejo se desafían a "hacer bailar" a los presentes con el ritmo de dos cucharas.

Hoy día, en que los radiorreceptores portátiles permiten oír las transmisiones de las emisoras de la Isla Grande —existen dos—, así como durante la noche las de algunas radios de la capital y la mayoría de las de Argentina y Uruguay, tal vez por disponerse en muy pocas viviendas de estos aparatos, tal vez porque no satisfacen el gusto de los auditores, pasados los primeros días de novedad, la guitarra o el acordeón de la familia vuelve a cobrar su importancia junto al fogón, entre la rueda de amigos, en la tranquilidad de una tarde de domingo. Lo que interesa de verdad en esta novedad de los receptores portátiles, son los partidos de fútbol, a los cuales la juventud presta atenta deferencia, sin que los mayores, contrarios a tanta algazara en los domingos, puedan imponer su voluntad. Y hasta en esta manera de aceptar las nuevas normas de vida, orientadas por la avalancha de nuevas perspectivas —desajustadas de la realidad por desgracia— aportadas por “el puerto libre” y su afluencia de capitales comerciales extranjeros, surgen las diferencias seculares que entre Ancud y Castro se observan, polarizando ambos núcleos urbanos la actitud o la concepción de la vida y el desarrollo de sus respectivas zonas de influencia. Una radioemisora, la de Castro, es manifiestamente comercial; la otra, la “Radio Ancudita”, cuida sus programas y pretende aportar nuevas expresiones culturales, aun sabiendo que de no radiar música popular mexicana, los auditores preferirán los programas rivales.

El decir popular grafica esto llamando a la primera “charranguera” y lamentando el poco alcance de la emisora de Ancud. Pero la Radio Chiloé impone sus programas, y en una región huérfana de toda información influye, definitivamente, sobre la opinión general, no capacitada para juzgar.

Ante la falta de imaginación, o de valor para mostrar lo que nos es propio o característico, de ambas radio-emisoras —una se denomina Radio Chiloé, Radio Pudeto la otra—, uno se pregunta si no estaremos condenando a la desaparición todo lo nuestro, como les ha ocurrido a los alacalufes —que algo tienen que hacer con el archipiélago, pues bajo los arenales de puertos interiores, se han encontrado sus dalcas— cuando se trató de “civilizarlos”, reuniéndolos en Puerto Edén, haciéndoles vestirse contra su natural manera de defenderse de la intemperie, sometiéndolos a una alimentación desvinculada de su normal naturaleza, reduciéndolos a estrechas cabañas, olvidando su nomadismo.

A los investigadores suele extrañarles, con razón, la disminución de año en año de la población isleña, pese a la alta tasa de natalidad, y ven intervenir en esto factores de índole económica. Sin duda esos fac-

tores son importantísimos, pero ¿no actuará también, en cierta medida, y hasta tal vez como motivación inicial para la emigración, el sentir emotivo de la transformación arbitraria del medio cultural?

En una sociedad constituida por grupos familiares casi cerrados, en donde el concepto de mayorazgo está latiendo en el subconsciente de todos, en donde la fortuna se estima en terreno y animales, originando este último aspecto un no actuar de las generaciones interpuestas entre los abuelos —dueños aún de esas tierras y esas empresas— y la generación ahora adolescente y sometida a la influencia del mal cine, las noticias, la inquietud natural, los nuevos modos de vida adoptados de lo externo de otra cultura, establecen un duro antagonismo entre lo que esa juventud demanda y lo que se le ofrece, en el terreno cultural. Y mientras los viajes al espacio y todos los adelantos científicos interesan a los alumnos de los liceos, se les ve ansiosos de conocer el pasado de su tierra, de averiguar cuánto hay en sus bosques, en ese nuestro monte sin senderos. Y ahí están, dentro de la zona urbana fumando, a escondidas de la abuela, cigarrillos importados, baladroneando su condición de galanes, vistiendo tenidas yanquis o europeas, pero emprendiendo expediciones para desenterrar esqueletos, dibujando seres míticos, organizando la publicación de “una revista que nos una, porque queremos saber más...”. Y allí saldrá “Chayanco”, agua de verdad, el mágico espejo de los brujos.

Este abismo sin más puente que la mantención de algunas costumbres entre la generación dirigente y la adolescencia —ambas sólo mantienen relaciones directas en los aspectos familiares de contacto—, deja a los núcleos juveniles sin directiva o sin líderes de verdadera influencia al desaparecimiento de aquéllos. Situación grave, aguda casi, que es zanjada por los padres aceptando la empleomanía reinante como una solución.

En la educación primaria la cosa no va mejor. Los profesores primarios, formados en la Escuela Normal Rural de Ancud, llegan a su primer destino con su juvenil entusiasmo, sus sueños, el convencimiento de su apostolado y la teórica seguridad de obtener de la comunidad apoyo y cariño. No ocurre así. La realidad socioeconómica de la desperdigada población en donde la escuela hace de centro —en nuestro minifundio no existen ni siquiera villorrios, sino viviendas distribuidas en un radio de menor o mayor extensión, denominado distrito escolar— obliga a los padres y apoderados a dar preeminencia a sus intereses económico-culturales. Así, la obligación legal de matricular al niño a los siete años de edad, se convierte en un mero trámite administrativo, pues el nuevo alumno

empezará a asistir a clases cuando sus familiares estimen que está capacitado para ello, cosa lógica en un medio en donde el afecto por los hijos alcanza grados de absurdo, afecto tanto más fuerte cuando la gran seleccionadora, la muerte, ha terminado con más de un hijo. Y junto con esto, el ausentismo se agudiza en la festividad religiosa del lugar, para las siembras, la trilla, la cosecha, la enfermedad de algún familiar, todas aquellas circunstancias en que el grupo defiende su estructura y sus valores, generalmente opuestos al idealismo improductivo propuesto por la escuela y su labor.

El profesor, confiado en sus conocimientos teóricos, reúne a los apoderados, les pide ayuda, les demuestra, verbalmente, la importancia de la educación. Ellos asienten, serios, reconcentrados, distantes en verdad de todo el asunto. Y uno o dos días después, el profesor encuentra al alumno de primer año del más interesado de los padres en ayudar a la escuela, aguijoneando a la yunta, mientras el hijo mayor dobla sus doce o trece años en la agobiadora tarea de "doblar la champa" levantada por el arado, junto a algunos primos dedicados a moler la aporcadura a golpes de gualato, herramienta de astil tan alta como ellos.

En la soledad y el aislamiento, en condiciones de vida diferentes a las del hogar, ante los mismos rostros y los mismos temas de conversación día tras día, los profesores aceptan el medio, olvidan sus inquietudes, terminan por preocuparse de mejorar de situación económica dedicándose a pequeños negocios. La labor escolar se reduce así, a un simple alfabetizar, en un medio en donde muy excepcionalmente llega un diario, una revista o una carta. Cuando, con desvelos y gastos del personal peculio se logra ver un ex alumno en la Escuela Agrícola o Industrial, la decepción es mayor. Aquel muchacho, valioso, pletórico de potencialidad, obtiene su licenciatura para no regresar más a su distrito.

Con el alumnado femenino se acentúa este aspecto. Es afirmación corriente, cuando se insiste con los padres por lograr una asistencia normal de las hijas, el "como es chica mujer no necesita saber tanto. Como aprenda a firmar su nombre...". Firmar su nombre... para estar en condiciones de emitir un irresponsable voto, bajo la determinante influencia del caciquillo electoral, tan ignorante como ella de los intereses de la provincia. Esta actitud no es o significa desdén por el conocimiento, por el saber. Apenas sí señala, en ambos casos, el imperativo económico de una carencia de brazos, junto con un concepto utilitario del saber. Y estando tan distantes las posibilidades de educar a un hijo para verle desempeñar algún cargo público, significa tanto para la producción del predio

familiar —producción sobre la cual se establece la mantención de la familia— y la necesidad de braceros, que resulta lógico no esforzarse por tan lejano fin. Y tan despectiva actitud con respecto a las hijas, parece ligado al tradicional estar de las mujeres en sus casas. En efecto, la dócil chilota, tan desdibujada en la violencia de paisaje y faenas, dedicada a sus hijos y a su marido, consume sus inquietudes en cumplir tal función, obediente, silenciosa, soportando el peso de la ausencia del hombre y de los hijos mayores, sin otro paliativo amén del orar contrito y profundo, al pie de la pobre imagen de la Candelaria, patrona y señora de vagabundos y navegantes.

Y allí se está ella en la chalupa para ir por víveres al pueblo, con su pollera oscura, su blusa simple, su chal cuajado de arabescos, remando sin esfuerzo aparente, o buscando los peones necesarios para terminar la *quecha* (21), discutiendo airada con los vecinos cuando los animales entran al sembrado, o disponiendo con exactitud las obligaciones de quienes quedan bajo su mando. En más de una ocasión debe preocuparse de enterrar un hijo, defender un pleito, solucionar la falta de víveres. Con la misma ternura acogerá a los ausentes, hayan pasado los años que hubieren transcurrido, sin manifestar su alegría, serenamente.

Curiosa estructura familiar, llena de reminiscencias, como aquella de inscribir en la libreta del Registro Civil, como hijos, a los que alguna de las hijas solteras alumbró. O la costumbre de "pedir" al hijo de padre desconocido, a la muchacha que, sin parientes directos, llega a ser madre. Y mientras la madre y mujer —jamás se dice por la propia mi señora o mi esposa, sino "mi mujer"— aparece para los extraños como un débil miembro familiar, sin ingerencia aparente en los asuntos de la casa, es ella en verdad quien resuelve los asuntos familiares, aconseja y apoya, y llega a ejercer, sin estridencias, discusiones o porfías, el control y la conducción de los intereses de la casa.

Esta intervención femenina no se proyecta fuera de los intereses familiares; el dueño de casa seguirá sus asuntos libremente, condescendiendo a una actitud amable alguna vez, circunspecto y seco, y asintiendo sin dificultad a las solicitudes o proposiciones sobre los hijos, algún trabajo doméstico, la necesidad de esto o aquello, cuando hay dinero disponible.

Si existe una libertad juvenil en el relacionarse, ir y venir juntos por campos, playas y bosques, asistir a bailes y fiestas, sin que dentro de cada grupo social esta libertad llegue al libertinaje —sin perjuicio de existir una fuerte tensión en la esfera de lo sexual—, tal libertad desaparece para la mujer al comprometerse —aceptar, tácita o explícitamente, a un corte-

jante— y mucho más al casarse. Ocurre en esto del “tener amistad” un hecho que llama la atención: mientras los jóvenes no ven en las muchachas que no les son tabú —familiares por consanguinidad, hermanas de sus amigos, hijas de los antiguos servidores de la familia, hablando del grupo de alto status socioeconómico— sino la posibilidad de una aventura sexual, estando acostumbrados a satisfacer sus deseos sin preocupaciones de orden ético, apenas se enamoran se convierten en rígidos puritanos. Nada de suspiros, ni gestos melancólicos; una mayor participación voluntaria en las labores familiares, alguna distancia hacia los amigos; se deja de asistir a los bailes en donde los grupos sociales se entremezclan sin distinción aparente; alguna concesión al buen vestir. Los padres comentan: “El chico se hace hombre...”.

En la mujer, el fenómeno se presenta a la inversa. Contra su pundonorosa manera de ser, por naturaleza y por formación, se permite manifestar abiertamente, casi, su preferencia por el muchacho. Acepta sin chistar y con rebeldía las sanciones familiares, no siempre suaves, cuando la oposición paterna las aplica; juega a amar con todo su ser y, tomada su resolución, no respetará nada, ni la detendrá ningún riesgo, para llegar a su fin. Y el matrimonio, no por imposición religiosa o social, sino por una determinante más profunda y lejana, será de por vida, sin renuncias, ni vacilaciones, sin separar los ojos de los suyos para mirar a otro, aun cuando el hombre volverá a su juventud y, sin darse cuenta cabal de ello, repetirá sus andanzas, moverá su curiosidad, continuará viviendo en su círculo.

Si existe algún rasgo general común entre las gentes del Archipiélago —salvo escasísimas excepciones y en una zona urbana—, sería éste de la fidelidad de la mujer. Fidelidad que va más allá de lo transitoriamente carnal, que llega al sacrificio, y que se encuentra en todos los grupos sociales y en todas las zonas geográficas en que es menester dividir a la provincia. Porque una cosa es Chiloé continental, con su potencialidad en animales y extensión; otra las islas y sus minifundios, sus embarcaciones preparadas ya a forjar el progreso, sus diferencias en el vestir y en el hablar, su actitud humana empapada de distancias; otra, la Isla Grande, con su zona ribereña u oriental, junto a los canales, hendida por las abras, parcelada y vuelta a parcelar por sucesivas distribuciones de herencias, con sus puertos caracterizados por sus palafitos, los pequeños botes de los muchachos, “el puerto” siempre poblado por los chalupones y sus habitantes, una taberna y sus hombres importantes, el correo y la oficina del registro civil, la escuela, la iglesia y la capitania de puerto; otra, la zona interior, amplia meseta de buenos suelos para ganadería, con

su dispersa población en donde la capilla, solitaria siempre, excepción hecha del día de la fiesta anual, levanta la cruz que corona su torre, y repite su angelus tarde a tarde, sobre la parsimonia de los medianos agricultores, quienes miran el cielo del atardecer como esperando un augurio, la escuela solitaria entre los árboles o junto a un brazo de mar, con sus esperanzas, su perdido esfuerzo y la algarabía de los niños que marchan alegrando el paisaje, el solitario jinete que galopa por una pampa, la bota de vino a los “tientos” y apremiando a su cabalgadura para llegar al “matear” de la siesta, las mujeres jóvenes que vuelven del molino con la “urupa” de “tostado” sobre la cabeza, la espantada huida de un “venao”; otra, aún, la zona de los bosques, nuestro monte, extendiendo su rudo verdor, de mil matices, desde Chepú a Inío, desde Huandad al Pacífico, sin más señales de vida que las leves columnas de humo de algún roce próximo a los lagos —Huillinco y Cucao indisolublemente unidos por la estrecha Angostura y la leyenda; Tepuhuico, el distante; Tarahuín con sus juncales y sus traidoras riberas en donde el *cuchivilo* (22) gruñe su impaciencia o su agonía; Natri, el de las firmes orillas, larga esmeralda de asombradora transparencia; Chaiquata, un nombre para tres lagos de difícil acceso y de fantásticas promesas de fortuna en el decir popular; o las lagunas menores, como Auquilda, hacia el oeste de Castro, en donde perpetúa su nombre una familia indígena desaparecida en los misteriosos sucesos de los intentos separatistas—, o el de los campamentos de alucinados buscadores de oro y platino, por la costa de Quilán, Esmeralda o Río Medina, o, en el extremo sur, Quilanlar, Asasao y Ayantema, de los recolectores de ostras, centollas y fracasos, mientras un avión civil cruza los cielos.

Crisol de grupos primitivos, puente obligado para el vagar de los indios canoeros u otros grupos, el Archipiélago amalgama costumbres y confunde cuando se intenta generalizar aspectos particulares de su realidad. Allí están, dentro del sector calificable como archipiélagos interiores, Apiao y sus corrales de pesca levantados con piedras por olvidadas gentes, sus navegantes y sus esbeltas embarcaciones proporcionadas de muy diversa manera con las de las islas vecinas; Chaulinec y Alao, sus duras diferencias entre grupos con una población total de apenas cuatrocientos setenta y dos habitantes, con su común tradición de alfareros, artesanía desaparecida hoy. Diferente, pues, en muchos aspectos de sus iguales y aun de las islas vecinas, pero con tantas semejanzas como diferencias. En la Isla Grande, dejando de lado las diferencias entre lo urbano y lo rural, las de la boscosa vertiente que cae al Pacífico, las de la meseta central, en la franja que podría llamarse ribereña, junto al mar

interior, surgen también claras diferencias. Desde Te-rao al sur, sus habitantes reciben la denominación, ligeramente despectiva, de payanos y la región de los grandes esteros, esos interminables fiordos que rajan la costa en demanda del oeste y penetran tierra adentro para descansar sus aguas tumultuosas en los senos circundados de coigües, ulmos y teníos, los habitantes de un mismo distrito denominan como "la otra gente" al núcleo que difiere de ellos por conceptos, costumbres, apellidos, modos de trabajo, pese a constituir ambos una comunidad determinada en un territorio. Aquí, por los "esteros", los bongos arrastran tras su aparente lentitud, largas balsas de mañío y *gua-guán* (23) para alimentar la codicia de los aserraderos, o escoran peligrosamente al recoger sus tripulantes las redes y la pesca. Aún hoy día, cuando escasean peces y mariscos, es menester hacer una "junta" para comprar una pincoya que vuelva a sembrarlos, de espaldas al mar y bajo pena de volver a desaparecer, esta vez para siempre, si algún curioso llegara a mirarla de frente. En esta región de fiordos, en las pequeñas plataformas naturales próximas a las riberas, crecen los torcidos *chaumanes* (24), extendiendo su verdor y ofreciendo la claridad de sus cogollos para el sahumero ritual de las lienzas o del corral de pesca.

Aleación de diferentes culturas, si ello es posible, o producto de heterogéneas mezclas étnicas, esta compleja realidad crea confusiones desde muy lejos, en la historia. Ya Byron describe aborígenes de esta Isla —ubicándola geográficamente, dos grados más al sur de donde realmente está— totalmente distintos a los descritos por los jesuitas, aproximadamente en la misma época. Y así como Francisco Cavada tituló "Chiloé y los Chilotes" su completa descripción de la zona y de sus costumbres, creencias y naturaleza, L'Empereire se refiere a los chilotes como a un grupo diverso y culpable de la desaparición de los chonos o chonquis y del actual estado de los alacalufes, cual si entre ellos se hubiese producido, recién ayer, una lucha por sobrevivir. Con mayor proximidad en el tiempo aún, Pedro Cunill señala el paralelo 43 sur como el límite norte de la región chonqui, abarcando con ello más de una tercera parte del territorio de la Isla Grande de Chiloé. Y en la tradición oral, pueblos desconocidos cruzan los canales y desembarcan en las playas: payos, cuncos, los de la nación Calen —con su territorio señalado en la carta de viajes del jesuita José García o José "de los Chonos"—, junto con los inasibles cui-viches del interior de la Isla Grande, quienes no serían los antepasados de los huilliches, ya asimilados o mezclados totalmente en la actual población; y aun aquella curiosa insistencia en relatar una invasión de los onas, los distantes. Asociando nombres del recuerdo popular, uno se pregunta si no tendrá algo que

hacer con el difundido Caucao —aquel niño encontrado en las selvas de Arauco, de creer en la información periodística—, Caucahue, la isla del noreste tan próxima a la Isla Grande o con Cucao, laguna y puerto hacia el Pacífico. Y por este camino podría preguntarse si no tendrán ancestrales relaciones con otros pueblos la denominación de dos categorías o especializaciones vigentes en la brujería y si en ello no estará la razón de existir, siendo el sistema mitológico una formulación completa y coordinada, seres míticos con visibles relaciones con muy diversas culturas.

En esta realidad, las franquicias aduaneras han importado nuevas normas de vida, abierto el cerrado horizonte de los núcleos comerciales, junto con mostrar, en la práctica, elementos de vida novedosos, y activado contactos socioculturales con otras gentes. La ausente generación de las zonas urbanas, como podrían denominarse a las que no actuaron, parece adoptar todo lo nuevo, al menos en sus aspectos externos. La reacción que esto provoca, dado lo incompatible de la mayoría de esas formas sociales externas con la naturalidad del convivir insular, surge con violencia en la juventud. Aprovechan la libertad para plantear con energía su manera de pensar, desprendiéndose de falsos respetos, y demanda, instintivamente quizá, a un conocimiento vivo de su pasado la pauta para actuar ante las nuevas circunstancias, atentos a los cambios estructurales de esta época. Un día descubrirán el potencial de la flota fantasma, las posibilidades ganaderas de la meseta central, valorarán la actual explotación pesquera, o la del alerce —antiguo emblema del Reino de Nueva Galicia— de las montañas de la costa occidental. Entonces, podrán mostrarse francos y abiertos al extraño, sin las reservas y suspicacias de ahora, y no ocurrirán las malas o erróneas interpretaciones manifestadas por bien intencionados grupos que, por vivir sujetos a la organización ciudadana —reloj, semáforos, horarios, movilización, informaciones— no logran comprender las actitudes sociales de quienes viven diariamente una realidad diferente, formando parte de ella para sobrevivir.

Las posibilidades de Chiloé están en sus habitantes de la zona rural y en sus estudiantes de la zona urbana. Estos no se han dejado encandilar por aquellas novedosas maneras extranjeras inaplicables en la realidad; los otros, porfían sin prisa su tesón. Y todos se sienten parte del archipiélago y cuentan, para superar el actual estado e iniciar el desarrollo, con la esperanza de sus bosques poblados de imagerías y distancias, la padecida agricultura de sus ásperos suelos cobijados por afectos y orgullos y mágicas existencias ancestrales, y los destejidos caminos de la mar moviendo el pasado, el destino y el futuro.

GLOSARIO (orden alfabético)

- (1) *Cancagua* Piedra arenisca que se emplea en la construcción de edificios y también de hornos y de braseros.
- (22) *Cuchivilo* Cerdo imaginario que vive en ocultas cuevas de donde sale a bañarse en las corrientes. Debajo del agua grita *cur cur*, anunciando la muerte del que lo escucha (del araucano *cuchi* = cerdo y *vilu* = serpiente).
- (6) *Curán* Dícese de los comestibles preparados en forma de *curanto* (batiborrillo de mariscos, carne, papas, milcao, chorizo, queso, etc.) que se cuece con ayuda de piedras vivas caldeadas por el fuego dentro de un hoyo abierto en la tierra.
- (14) *Challanco* Aparato confeccionado por los brujos que usa el machi y especialmente el Presidente de la Cueva para señalar al cliente quien le inoculó una enfermedad. En su forma más simple consta de un lavatorio y varios globos de vidrio con una campanilla dentro de ellos (según G. Ampuero). Se le llama también *la mapa* (según Cavada). Asimismo se le señala la propiedad de revelar el pasado, el presente y el futuro y cuanto desee conocer el que consulte al Supremo Gobernador de los Brujos en Quicaví —F. J. Cavada como etimología *chulla* = olla y *co* = agua. Algunos autores escriben *chayanco*.
- (2) *Chonquis* Nombre dado a un grupo indígena de primitivos pobladores del sur del Archipiélago de Chiloé.
- (24) *Chaumán* Planta típica de Chiloé. Tiene propiedades narcóticas.
- Chigua* Medida de papas y de trigo, equivalente a media fanega o seis almudes, hecha de boqui (planta enredadera).
- Chimpol* Ráfaga, racha.
- (3) *Chunga* Tinaja de madera de alerce para guardar manteca, líquidos, etc. También se emplea para preparar levadura.
- Dalca* Embarcación primitiva hecha de tablones de alerce unidos por sogas. Algunas tenían capacidad hasta para cuarenta tripulantes.
- (4) *Depe* Pedazo de tierra con pasto, *champa*.
- (23) *Guaguán* Una hierba silvestre.
- (20) *Huñi* Tejido de lana con una sola hebra
- (17) *Lío* Fécula de papa o chuño
- (16) *Llidex* Resto de los chicharrones
- Milcao* Pan de papas relleno con chicharrones
- (18) *Minga* Reunión de voluntarios que hacen en común una tarea en favor de un tercero, sin recibir más remuneración que comidas y bebidas en abundancia en una fiesta final. (Palabra de origen quechua, se usa asimismo en el N. de Argentina)
- (10) *Pidcán* (también *pircán* y *pilcán*). Serie de las mareas más bajas de una lunación, que los isleños aprovechan para mariscar
- Piguchén* Cualquier animal que ha degenerado o se metamorfosea. También el aspirante a brujo que ha sido rechazado y lanzado al agua. Se considera que vive en forma casi eterna, y tiene la virtud de renacer. Entre los araucanos es una especie de serpiente alada que se alimenta de sangre. Se le llama por burla a una persona muy vieja.
- (21) *Quecha* Aporcadura de las papas
- (7) *Quicha* Hacer atados de paja (según Febres). Atado de junco con que se amarran gavillas (según Cavada)
- Quila* Una especie de cañas. Según Cavada también una especie de papas
- (9) *Quilantal* (también quilantar) Sitio poblado de quilas
- (11) *Reca* Asar un pescado en el *chenquelle*
- (13) *Recatún* Hacer *reca*. La partícula iterativa es *tún*
- Revisoria* Otro nombre del challanco
- (8) *Thrauco* (también *trauco*) Ser mitológico. Duende, pequeño ser humano (de unos 80 cms.) que acecha a las mozas en los bosques o entra a hacer daño a las casas
- (15) *Thropón* (chupón) Fruto silvestre, dulce, que se chupa, de una planta llamada quiscal (extendida en todo el sur de Chile), nombre científico: *bromelia sphaclata*
- (19) *Yoco* Regalo de chicharrones, *milcao* y sopaipillas que se envían mutuamente los vecinos con motivo de una matanza de cerdo o "derretimiento" (Algunos autores escriben *lloco*)
- (5) *Yole* Canastillo flexible hecho de junquillo, también usado como costurero.

Este Glosario ha sido preparado en base principalmente al "Diccionario Manual Isleño" (1921) y "Chiloé y los chilotés" (1914) de F. J. Cavada. También se ha consultado obras de diversos autores, entre otros, Galvarino Ampuero ("Repertorio Folklórico de Chiloé" en "Archivos del Folklore Chileno" N° 5, 1952), Agustín Álvarez Sotomayor: "Vocablos y modismos del lenguaje de Chiloé" (separata de los "Anales de la Universidad de Chile", 1949), Rubén Azócar en su novela "Gente en la Isla".

La mayor parte de los vocablos son de origen veliche (o huilliche) lengua hablada por el pueblo homónimo, que salvo diferencias era la misma lengua de los araucanos, extendida desde el Choapa al Reloncaví.

No estaría demás indicar que *Chiloé* (deformación de *chilhué*) significa, según la mayoría de los autores "Lugar de gaviotas". Existe un "Vocabulario Veliche" de A. Cañas Pinochet.

*El último censo realizado en abril de 1960 dio la suma de 99.211 habitantes. En 1920: la cifra record de 103.337. En 1910 eran 99.044. En 1895, 77.664. El primer censo, realizado en 1770 dio 23.447 (de los cuales 11.985 eran considerados españoles y el resto indios).

(Glosario y nota de la Redacción del Boletín)